
IV CONFUCIO

Confucio fue, indudablemente, uno de los más grandes maestros del pensamiento humanista en la historia universal. Su escuela filosófica llegó mucho más allá de las fronteras de su país, para convertirse en norma de conducta de distintas comunidades que aún hoy muestran un respetuoso acatamiento y reconocimiento, ya que de la práctica de sus principios han obtenido el desarrollo racional de las relaciones sociales y de sus organizaciones educativas, administrativas y judiciales a través de los siglos.

Sin expresar contenido teológico, ha incidido de manera notable e irrefutable en la fundamentación doctrinaria de religiones de diversos signos, en cuyos enunciados se registran casi textualmente máximas del más puro cuño confuciano. Ello se explica por la profundidad de las reflexiones de Confucio en cuanto al significado del hombre y a la ubicación que le corresponde ante el sostenido avance del materialismo, que se erige en colosal obstáculo para el pleno imperio de la justicia, la libertad y el desenvolvimiento del perfeccionamiento personal de cada individuo en beneficio de la paz en el hogar, en el pueblo, en la nación y en el mundo, mediante la multiplicación de los dones de la sabiduría.

No obstante, el confucianismo en términos estrictos no es una religión; tiene ciertos sentimientos hacia la vida y el universo que lindan con la percepción teológica, pero sin llegar a constituirse formalmente en una religión. Es religioso sólo en la minuciosidad que expresa en la observación de sus normas. Tan apegado fue el confucianismo al espíritu humanista, que ni Confucio a sí mismo, ni sus discípulos, consideraron jamás a él como un dios. Existen templos por doquier dedicados a honrar a Confucio; se desarrollan ceremonias impactantes para recordar el día de su nacimiento; se observa con veneración su doctrina. Pero nunca se lo divinizó, ya que tal proceder hubiera ofendido los más arraigados principios que sostuvo durante su existencia. El homenaje

público anual que le tributa el pueblo no va dirigido a un dios, sino al más grande de los maestros que registra la historia de su país.

Confucio nació en el año 551 a.C. en el reino de Lu, actual provincia de Shangtun, muriendo en el año 479 a.C. Su nombre es Kieu y su sobrenombre Tchoungni. "Confucio" deriva de un grupo de palabras chinas, *Koung-Fen-Tse*, que significa "El Venerable Maestro Koung", apellidado éste de uso diario entre sus discípulos. Los misioneros del siglo XVII latinizaron estos términos, reuniéndolos bajo el nombre de Confucius o Confucio.

Confucio puso la ciencia al alcance de todos. Antes de su tiempo el saber era privilegio de la aristocracia. Después de él, todos podían aspirar a la vida del catedrático y a ocupar elevadas funciones públicas, donde la cuna no tenía importancia si no se disponía de capacidad. La clave del éxito era la inteligencia y la disposición de formarse, sosteniendo que "donde la cultura ha hechado raíces, no debe existir distinción de clases".

El gran prestigio de Confucio y de los principios confucianos durante los siglos inmediatamente posteriores a su desaparición física, así como en la historia del Este asiático, debe atribuirse a la intrínseca atracción de sus ideas sobre la manera de pensar tradicional; a la enorme sabiduría y erudición acumulada por los confucianos a diferencia de las demás escuelas que no se preocupaban de los estudios históricos, y al evidente encanto de la personalidad y la fascinación del Maestro.

Como continuador y restaurador de la tradición nacional, Confucio desempeñó el papel quizá más importante en la memoria de China. Gracias a él los antiguos documentos históricos y literarios fueron rescatados del olvido en una época extremadamente crítica, siendo con ellos salvada también lo que puede llamarse el alma de su pueblo. La fundación de la Escuela de los Yu (Profesores) por Confucio, inicia la época más brillante del esplendor intelectual, calificada por los estudiosos contemporáneos como la "Época clásica de los filósofos".

Confucio enseñó desde su tiempo para todos los tiempos, no instituyendo potestad alguna de nación, credo, raza ni sector social, político o cultural, por cuanto abarca la totalidad de las relaciones armónicas que iniciadas en el núcleo familiar se dirigen al conjunto de la humanidad. Desde luego, es cuestión de situación mental. Cuando Confucio habla de gobierno y lo identifica con la monarquía o los príncipes, no es porque sostenga tal régimen como el necesario, sino como una manera de ejemplificar el concepto usando para ello de referencia el sistema tradicional de su época. Se lo debe asimilar como aplicado a la autoridad legal, que en las dos últimas centurias modernas se convierte en el modelo presidencialista, o en el parlamentarista, inscriptos siempre en el entendimiento democrático que tipificó su doctrina. El se expresó con inteligencia, para ser comprendido con inteligencia. Nadie podrá nunca conocer al confucianismo si es leído sin la amplitud de miras con que el Maestro concibió su pensamiento.